

EL COMBATE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Salamanca: trimestre, UNA peseta.—Fuera ídem, 1'50
Fuera: semestre 2'75.—Pago adelantado.

Número suelto, 5 céntos.—25 ejemplares, UNA peseta.—Ídem atrasado, 10 céntos

DIRECTOR: DON ANGEL LORD Y MARCOS

Toda clase de correspondencia y originales se dirigen a la redacción y administración.
2—CUESTA DE SANCTI-SP. RITUS—2

Año II.—Número 61

SEMANARIO REPUBLICANO

Domingo 30 de Septiembre de 1900

LA CRISIS DEL HAMBRE

No nos sorprende, ni puede sorprender a nadie el paro de las fábricas y la consiguiente miseria en el hogar del obrero: 35.000 trabajadores, que pronto se elevarán a 50.000 se hallan sin trabajo en el solo llano de Barcelona. ¿Parará aquí la cosa? No es fácil. La crisis es tremenda, horrible, cuyos límites no es capaz la inteligencia de fijar con acierto y seguridad. No podían dar otro resultado las pérdidas coloniales y la política de trampas y componendas de nuestros hacendistas y gobernantes. Las más toscas inteligencias adivinaban una crisis para la producción y el trabajo. Perdidos los mercados coloniales, y sin sustitución posible, había de venir la parálisis para los productos industriales. La crisis del hambre llama a las puertas de la nación. ¿Qué hace el señor Silveira y sus compañeros de ministerio? Divertirse, darse ínfulas de grandes legisladores, pronunciar discursos y declaraciones anodinas y faltos de sentido común, trampear con las desgracias del país, exigir inútiles sacrificios, matar cuanto hay de honrado y sano, labrar, en una palabra, la ruina de esta infeliz nación. Nunca se preocuparon, ni hoy se preocupan, de la miseria del pueblo; para acallar el hambre caentan con los mausers, para acabar con la clase trabajadora que pide pan, ahí están los presidios, los castillos, las bayonetas y los cañones.

La crisis era inevitable. Solo un gobierno revolucionario, transformador, con idea de una España nueva, sin medio a un salto de siglos podía aminorar la crisis del trabajo y la producción. ¿Cómo? Acabando con la raza de parásitos, sujetando a media ración a la burocracia útil, acabando con los gastos de las clases pasivas, separando la Iglesia del Estado, aminorando los gastos de guerra y marina, imponiendo fuerte tributo a los tenedores nacionales y extranjeros, y llevando la riqueza que se arroja en un campo estéril e improductivo al fomento de la agricultura, abriendo canales y pantanos de la industria, de la ciencia, de cuanto es capaz de producir y crear riqueza.

No lo han entendido de esta manera los gobernantes, no lo entienden aún, no pueden entenderlo, tampoco, porque para los actuales go-

bernantes, por encima de la patria, se levanta la monarquía, y para el bien social, tendrían que sacrificar a las instituciones reinantes, al régimen de gobierno y los reyes. No han de tocar los intereses creados; primero que se muera toda una generación de hambre, primero que se hunda en el abismo de la nada esta carne de microbios, de enfermedades, de decaimiento orgánico hoy y mañana.

No reaccionó el país contra los causantes del daño. Las causas y efectos se abonaron seriamente. La política reaccionaria y de inmoralidad nos condujo a la guerra con los colonos de América y Oceanía; las guerras coloniales nos trajeron las guerras exteriores; las guerras exteriores acabaron con amputaciones horribles, la amputación trae la crisis de producción, la crisis de la miseria en la casa del obrero. No ha reaccionado el país contra la causa prima. ¿Reaccionará contra las causas secundarias? Lícito es dudarlo, pero aunque así sea, hay que remontarse de efecto en efecto, para llegar a la causa prima y acabar de una vez con tanto mal como nos azota.

Hemos los gobernados cometido delito grave permitiendo se extendiera la gangrena. Ahora debemos trabajar de firme y con mano valerosa. El desmayo cunde, el hambre tortura el estómago y el cerebro; la vacilación cuando la miseria nos muestra su descarnada faz no es comprensible ni explicable, a menos que la degradación haya ganado todas las inteligencias y todos los corazones.

¡Aleluya!

Los espíritus pusilánimes, que desesperáis de la regeneración de la patria española, los que os sentís oprimidos por el negro pesimismo, los que andáis manando sangre de vuestro corazón por las mortales heridas de los dos últimos años; todos, todos, así los desesperados como los aturdidos, alegraos. ¡Aleluya!

Abrid vuestros pechos a la grata esperanza, pues la hora de nuestra regeneración ha sonado ya en el reloj del tiempo. Fuera tristezas; fuera pesimismo; fuera dudas; nuestra restauración es próxima y segura. ¡Aleluya!

La aurora del nuevo y venturoso día anuncia, por la brillante luz que despiende la próxima salida del sol de nuestra grandeza y poderío. Pronto, pronto volveremos a ser la admiración del mundo.

¿Qué hemos perdido, direis, miles de leguas de territorio, envidiable por su fertilidad? No importa.

¿Qué han desaparecido 300.000 jóvenes, cada uno de los cuales habría dado a la patria, aparte de su trabajo corporal, tres hijos como término medio, lo cual representa una pérdida de un millón de habitantes dentro de 15 años? No importa.

¿Qué hemos gastado los millones de millares, quedando tan agobiados que nuestro crédito es nulo? No importa.

¿Qué la vida es imposible, que la industria muere, que el obrero no tiene qué comer, que el pequeño comerciante se arruina, que los agricultores gimen bajo el poder de los usureros y del gobierno? No importa. ¡Aleluya!

Hemos hallado la manera segura, segurísima, no sólo de remediar todas nuestras desgracias, sino de convertirnos en la nación modelo del mundo.

¿No comprendéis aun qué es lo que ha de salvarnos? Pues voy a deciroslo. Hemos de salvarnos por la fe.

La fe, que, según dicen, traspasa las montañas, y cuya virtud se realizan los más estupendos milagros, es la llamada a realizar el más estupendo de nuestra regeneración. ¿Os reís? Es porque no tenéis fe.

Pero tampoco importa. Si vosotros no tenéis fe, sobran en España almas de cántaro, espíritus memos, capaces de creer que han comido aunque estén en ayunas, si se les habla el nombre de la fe. De manera que al paso que vamos, bien puede asegurarse, como cantan algunos bobos, «la fe de España no morirá».

Ahí es que nuestra regeneración es segura, segurísima. No temáis, desesperados y víctimas del cruel desengaño.

Si se cierra una fábrica, se abre un convento. Si los obreros bostezan de hambre, los frailes, en cambio, eruplan de hartos, y lo que a uno falta en peso, sobra al otro en gorduras y váyase lo uno por lo otro. No temáis. Si las escuelas están caídas y miserables, restauráranse los santuarios y las ermitas. Santo hay por esas montañas y vericuetos, que después de sufrir durante muchos años los efectos del más impío abandono, cargado de polvo y lleno de excrementos de murciélago, le ha tocado ahora la suerte de su restauración y la gran alegría de un culto digno, por su suntuosidad, de los bien aventurados de *primo cartello*.

Me direis algunos que no celebramos exposiciones, ni concursos agrícolas, ni conferencias científicas; en cambio cada semana celebramos una ó dos romerías, donde los obispos, sacrificando sus cuerpos, andan bien calzados, para dar más esplendor a tan sublimes manifestaciones de la fe, distribuyendo bendiciones e indulgencias a granel, lo cual podrá ser de poca utilidad en este mundo, pero que en el otro se cotizará a buen precio, y por añadidura, nos dispone para la realización del grande, del asombroso milagro de nuestra colosal regeneración.

No lo dudéis, lectores míos, no lo dudéis. Todos los hechos que llevo apuntados a vuestra pluma y otros más que pu-

diera añadir, son signos evidentes de nuestro próximo mejoramiento.

La historia se repite constantemente. Las mismas causas producen los mismos efectos.

Los que sois menores de treinta años no podeis formaros idea del cariz que ofrecían los dos ó tres que precedieron a la Revolución del 68. Aquel estado y este estado actual se parecen como dos huevos. Y según he dicho antes, los hechos se repiten y las mismas causas producen los mismos efectos.

Yo no voy a discutir si nos salvará la fe ó la ciencia. Tal vez sean las dos cosas, aunque por procedimiento inverso. Lo que sí veo claramente es que vamos a la regeneración, y veo, además, que ésta tardará tanto más en llegar, cuanto menos frailes haya, y menos peregrinaciones se realicen, y menos santuarios se restauren y menos fábricas se cierren.

Fuera, pues, pesimismo y desmayos. La cosa marcha, ¡Aleluya!

MONAGUILLO

LA UNIÓN REPUBLICANA

Se ha publicado ya en una hoja suelta manifiesto que dirige al país la Unión Nacional Republicana, formada en Junio último por los elementos de la Fusión y Concentración, el partido Progresista y los del mitin del Circo de Colón.

Firman el Manifiesto, no publicado antes por la suspensión de las garantías constitucionales, nuestros amigos los señores Muro, Azcárate, Romero, Gil Sanz y Beneyán.

Después de una crítica del régimen se afirma la existencia del nuevo partido republicano en estos términos:

«Pero si su fuerza social es innegable, según lo han demostrado siempre que han luchado en contiendas en que no es incontrastable el influjo malsano del poder, como las elecciones municipales, y su abnegación y su desinterés bien probados en veintisiete años de oposición sin desmayos ni abdicaciones, no hay para qué ocultar dos deficiencias que a toda hora se les ha echado en rostro: la división de sus adeptos y la falta de un programa común. Para hacerlas desaparecer se ha llevado a cabo la Unión Nacional Republicana, sobre las bases que a seguida se dan a conocer, la cual no es una federación de partidos sino una fuerza homogénea con una sola dirección. ni ofrece solución tan solo para los problemas que engendre inmediatamente el cambio de régimen, sino para todos los que al presente interesan al país. Únicamente queda fuera un partido constituido, el federal, sin que esto obste, como es notorio, a la inteligencia con él también, cuando de fines concretos se trate. Por los demás, las cartas que se insertan con el programa demuestran, a la vez que la lealtad y perfecta corrección con que se han conducido los correligionarios que las suscriben, hasta qué punto se ha procurado

extender la Unión á todas las fuerzas y elementos republicanos.

No hay para qué decir por lo mismo que no se limita la Unión Nacional Republicana á un concierto entre dos partidos; en ella caben cuantos individuos, elementos y fuerzas estén conformes con el programa que hoy se da á la publicidad, sin que implique en modo alguno la necesidad de afiliarse á ninguno de los dos que la inician. Respondiendo á este propósito, se establece en una de las bases del convenio concertado que el Directorio ejercerá su autoridad directa é inmediatamente sobre todos los organismos, cualesquiera que sean su denominación ó procedencia.

He aquí ahora en extracto las bases ó programa de la Unión Nacional Republicana:

Organización local.—Afirmado la unidad de la patria y de la soberanía del Estado nacional, la República reconocerá, sin mengua de estos principios indiscutibles, la existencia de esas entidades locales.

Actitud respecto de la Unión Nacional.—Muy benévola no obstante la injusticia con que comerciantes, industriales y agricultores no han cuidado de excluir á los republicanos de sus anatemas á los políticos. Aplauda la salida de las clases neutras del retraimiento y les procurea convencer de la inutilidad de sus esfuerzos dentro del actual régimen.

Religion y teocracia.—El partido republicano es exclusivamente político, extraño á toda confesión religiosa. Tiene el propósito de mantener la supremacía del poder civil enfrente de las pretensiones de la teocracia.

Cuestión de Hacienda.—Tras una crítica del actual presupuesto, propone estas reformas: someter la dotación de la casa real á descuento, reducir los gastos acordados, entrar en razón al Banco de España, economizar, suprimir juntas, consejos, etc., etc., y caminar á la simplificación de los impuestos.

Reformas políticas.—Derechos individuales, disminución del número de diputados, purificación del sufragio universal y restablecimiento de la acumulación y supresión de los colegios especiales; representación de los individuos en el Congreso y de los organismos sociales en el Senado; saneamiento del régimen parlamentario, distinción entre la política y la administración y entre lo administrativo puro y lo administrativo social; independencia del poder judicial y atribución al Supremo de la jurisdicción contencioso administrativa.

Ejército y Marina.—Amortización, servicio obligatorio, reconstitución de la escuadra con fin puramente defensivo.

Reformas en la enseñanza.—La instrucción primaria á cargo del Estado.

Reformas jurídicas.—Revisión del Código civil.

Reformas sociales.—Las ya establecidas en Inglaterra y Francia.

Agricultura.—Fomento de riegos, autorización para cultivar el tabaco y organización del crédito agrícola.

Industria y Comercio.—Unificación de las tarifas de ferrocarriles.

Obras públicas.—Distribución equitativa de las mismas entre las provincias y reforma de los caminos vecinales.

Termina el Manifiesto con lo relativo á conducta y dirección, ya conocido de nuestros lectores, pues son acuerdos de las Asambleas y las cartas de adhesión de los señores Sol y Ortega, Rodríguez, Ladevese y Sipianí.

Unidos ya y con un programa común los republicanos, sólo hace falta voluntad y talento para conseguir nuestros deseos. Ya nadie tiene derecho á decir que estamos divididos.

Entusiasmo y resolución para implantar ese programa es lo que precisa.

¡Siempre los frailes!

Eramos pocos y parió mi abuela. Esta frase tan usual y que se pronuncia con pesar, cuando un hecho nuevo propende á aumentar el número de los que constituyen la pesadilla el mal humor, el desagrado que afecta á alguna persona ó familia; brota hoy de nuestros labios, por la contrariedad que nos causa, por lo mucho que sufrimos, siempre que á nuestros oídos llega, por cualquier conducto que sea una noticia semejante á la que motiva estos renglones.

No obstante, y vista por el reverso, como si dijéramos por el lado de color de rosa, en la acepción de la palabra, según nos proponemos tratar el asunto, nos proporciona un buen rato, porque creemos que es todavía poco, pues merecemos mucho más, para que salgamos, para que España entera, salga del error en que está, en cuanto se refiere á la tolerancia que se guarda á los frailes, á esa plaga de vagos mamíferos, más perjudicial á nuestro juicio, que la peste bubónica, el cólera y la lepra: tolerancia y protección que produce sus efectos perniciosos de los cuales tenemos que ocuparnos á diario.

Por si los lectores de EL COMBATE no tienen noticia del suceso vamos á decirselo.

Hace próximamente cinco años—y no obstante es de actualidad—ocurría en Fernando Póo.

En una factoría, prestaba de día sus servicios una muchacha negrita, y por las noches, en la vivienda ó madriguera de los frailes misioneros: la negrita, consintió—de grado ó por fuerza—en... y acusó como padre de la criatura, á un reverendo Padre.

El fraile padre y el fraile lego cogieron un día en la playa á la pobre negrita y tal paliza de bejucazos la dieron en el vientre donde residían las pruebas del crimen, que creyéndola cadáver la dejaron abandonada en un manglar.

Pero la casualidad hizo que un europeo (un francés) pasase por el sitio del suplicio de la infeliz negrita, y conduciéndola á poblado, pudo prestar declaración, carearse con los asesinos, y ratificarse, muriendo dentro de las veinticuatro horas, con su cuerpo convertido en una horrible lacería.

Decretada la prisión del fraile y del lego, han estado presos, aunque nominalmente según dicen y es de creer, durante estos cinco años, mientras los otros colegas de los criminales trabajaban para echar tierra al asunto.

Decíamos antes, que el asunto es de actualidad porque los homicidas han llegado ó está ahora próxima su llegada á España, pues á bordo del vapor correo Ciudad Condal, llegaron el día 19 del corriente á Canarias, de donde debía salir la nave el mismo día con rumbo á Cádiz.

Suponemos que habrán venido como procede metidos en barra, y que encarcelados en Cádiz serán sometidos á juicio oral.

Lo mismo que «Progreso» recomendamos el asunto á los Gaditanos y á todos cuantos sean amantes de moralidad y justicia; principalmente á los funcionarios encargados de administrarla, para que esos miserables paguen con la pena correspondiente los delitos cometidos.

¡Vaya unas misiones las de tales misioneros! ¡Y qué doctrinas, y qué enseñanzas!

Aunque somos partidarios de la abolición de la pena de muerte, mientras no

se decreta, entendemos que nunca en mejor ocasión ni con más motivo puede dictarse la fatal resolución, y aplicarse la terrible pena, fundándose en la calidad de los asesinos y las circunstancias que concurrieron en la comisión de los crímenes: pero ya veremos cómo no sucede así: son frailes los delincuentes y pesa mucha en la balanza la influencia de la gente negra.

¡Y que todavía no se convenzan muchos, de que los frailes son lo peor de lo malo de todos cuantos visten de tiros largos! Ah; y los Jesuitas.

Reflexiones

No por curiosidad, acabo de ver ondeada en el edificio-cárcel una bandera; ayer ví no sé donde otra; antes más, y siempre hay banderas, con cuyo símbolo variando su matiz, lo mismo se enaltece aquí la fiesta popular, el regodeo oficial que la piedad «humana».

La bandera negra enarbolada en la cárcel, hace saber á los hombres la sanción de las leyes, el desquite de la sociedad que se preocupó por la falta de unos seres y ahora queda satisfecha con la venganza. Murió la infeliz mujer; Dios la haya perdonado, dícese á coro, encomendando á la imaginaria entidad á un alma que en esta vida suspiró por cuatro reales.... garabatos.

No bastaron para lograrlos, cabildos interminables desde larga fecha; ¡en buenas manos estaba el panadero!

Hubiérase dejado á los que padecen hambre y sed de justicia, la facultad de disponer de vida ajena, y la bandera negra, terrible, silenciosa, no hubiera tremolado en este día ventuoso y frío... ¡qué concepto tan diverso tiénesse en lo alto de la moral, y cómo se entienden entre «nosotros» los sentimientos humanitarios!

Muerta en garrote vil, á la persona difunta la denominan víctima; víctima, si, de asesinato colectivo, dulcificado y enmascarado por indigna evangelización, con la cual reconcilian á la penitente con la eternidad, después de arrepentida....

Odiemos el crimen, pero seamos «constitucionalmente justos y benéficos», cuidando más de fomentar las anti-causas que de las causas, evitar sus efectos, que esto y no más, en la consecuencia natural de esta estúpida sociedad, en cuyo nombre comisión de «enterradores», há llevado al sacrificio carne humana como en otros lares inmolan.

Sobre cosas tan tristes no debemos hablar más sino asociarnos al dolor de la humanidad maltrecha...

J. H.

LAS ESCUELAS DE LOS PUEBLOS

En la prensa hemos visto un suelto que nos ha producido indignación y ver-

güenza, por uno de esos fenómenos tan frecuentes en la naturaleza humana.

Y lo llamamos fenómeno porque lo es en efecto.

Nosotros sabemos que las Escuelas en España son por lo general, indignas de tal nombre. Nos costa, porque lo hemos visto, que están mal instaladas, mal dotadas, faltas de menaje, de decoro, de higiene, de todo lo indispensable, en fin.

Pero lo sabemos y como no es cosa de estarlo diciendo á diario ó, mejor dicho, si es cosa, pero no puede hacerse, nos resignamos.

Mas un día leemos que el bestia del Alcalde y el bruto del Secretario de Alajar (Huelva) se meten en la escuela de niñas del pueblo, arrojan de allí á la maestra y á sus alumnas y las colocan bajo un cobertizo que habitualmente sirve de muladar... lo leemos y todo el sedimento de nuestra indignación adormecida nos sale al rostro y no acertamos á expresar toda la ira que se apodera de nuestro corazón.

La verteremos en epitetos injuriosos? Estéril desahogo.

Lo colgariamos como un cartel de deshonor al cuello de los gobernantes, pero ¿qué les importaría?

Lo que necesitan ellos son caciques que les den votos y diputados dóciles y para tener esos caciques, se ven forzados á darles plenos poderes que les sirven á esas bestias para eso, para ultrajar al maestro y á la enseñanza y al sentido común.

Que se lea esto en el extranjero; que se sepa cómo hay en España quien consiente que los caciques canallas y los Alcaldes mulos arrojan de su casa á los maestros y á los niños y para mayor escarnio les recluyen en un muladar.

Que se sepa, á ver si por decoro del linaje humano y por los fueros de la civilización viene aquí una invasión de personas decente que nos enseñe dignidad y vergüenza y fecundan á nuestras mujeres y hace una generación que no caiga como la nuestra, boca arriba ó boca-abajo, que para todo dé nuestra depravación, entre los muslos del fraile lúbrico, del cura incestuoso, de la monja lesbica del cacique asesino y del político ladrón.

Que venga algo! irrupción de nuevos bárbaros ó explosión gigantesca de dinamita que barra de sobre la tierra el vasto muladar español y los cerdos que en su propia inmundicia se revuelcan.

(De Progreso).

MARTINEZ CAMPOS

La monarquía está de duelo.

Nosotros nó.

Ha muerto el general Martínez Campos; el hombre que poniendo al servicio de los Borbones su espada, ni brillante ni gloriosa, como le dijo en plenas Cortes un eminente republicano, más contribuyó á la restauración de la monarquía en España; el que sublevándose en Sagunto y frente al enemigo, con fortuna digna de mejor causa, fué piedra angular para el establecimiento de un régimen origen de tantas desdichas:

el que para llevar prosélitos á un ideal muerto, repartiendo mercedes, mató los entusiasmos del ejército español; el que allá en Cuba, haciendo concesiones vergonzosas á los enemigos de España, no puede dudarse los que prestó alientos y fuerzas; el que no sintiendo otro amor ni otro cariño que el de las instituciones que en mal hora nos trajo, por salvar la monarquía, no dudó nunca en sacrificar la patria.

Como principal y más firme sostén del régimen actual, le alcanzan todas las desdichas, todas las vergüenzas de este pueblo, que tuvieron su origen en las desmoralizaciones que autorizó la restauración y de las infinitas torpezas é insensateces en sus hombres.

Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, esas posesiones de inapreciable valor, de riqueza aun desconocida para nosotros, entregadas sin lucha y con deshonra para los hijos de esta hidalga tierra, serán nombres que irán unidos al suyo, en las páginas más borrosas de nuestra historia patria.

Lloren, pues, sobre la tumba del general los monárquicos, los malos españoles, los que por encima de otro más noble y santo ideal, de un ideal que todos debemos guardar como en arca santa, dentro del pecho, colocan sus particulares egoísmos; nosotros patriotas por cuanto somos republicanos, y republicanos por cuanto somos patriotas, á fuer de nobles y sinceros, hemos de declarar: que, para quien tanto daño hizo á nuestra madre, á la madre común de todos los españoles, no tenemos ni una frase de perdón.

El traicionó á la República, y hubiera gozado lo indecible si en un día hubiera visto desaparecer del mundo á todos los republicanos españoles; nosotros no gozamos con su muerte, porque no está en nuestros sentimientos gozar ni aun ante el cadáver del más implacable

enemigo; pero, tampoco hemos de sentirlo.

¡Bien muerto está el soldado más fiel de una monarquía en cuyo tiempo se rasgó en mil pedazos y se llenó de lodo nuestra gloriosa bandera!

La tierra le sea tan pesada, como fué fatal para este pueblo querido, el hecho más culminante de su historia: la sublevación de Sagunto.

Matemáticas Clericales

Que el diablo me lleve si entiendo la contradicción que existe entre nuestra fe y los dones con que nos regala la Divina Provincia.

Somos el pueblo que más canta rosarios, trisagios y avemarias el que más latina los espárcos al viento, más cera gasta y más curas mantiene, y sin embargo de todo esto, somos el pueblo peor gobernado de Europa, el más atrasado, el peor educado, el más ignorante, el más robado, apaleado y asendereado. Los herejes nos pegan y nos quitan las colonias; nuestros campos están yermos por falta de canales de riego, mientras numerosos y caudalosos ríos vierten en el mar sus aguas; nuestro país es, con relación á su población, el que más gasta en la estadística criminal, las puñaladas y los tiros se prodigan en romerías y juergas místicas, la inmoralidad se propaga, el pauperismo toma proporciones gigantescas y la emigración obrera lleva á la ruina á tantas familias sano, útil y honrada de la población, sin que ni el hisopo ni el sable, símbolos de nuestro poder, consigan arreglar este cotarro, y sin que la Providencia se haga cargo de nuestros esfuerzos y sacrificios por tenebría á nuestro favor.

No me exalico porque, Dios, estará indignado con nosotros. Para adorarle y tenerle á cubierto de la intemperie, le hemos edificado y le sostenemos con la decencia posible las siguientes casitas: 62 catedrales, 21.500 iglesias, 2.000 ermitas en despoblado, 10 colegiatas y 33 seminarios en los que se forma, ilustra y fortalece la tribu de Levi. Me parece que por falta de casas no estará quejoso.

Además, le alimentamos suculentamente, mientras la mayoría de los españoles comen mos bazofia. un ejército de servidores compuesto de 9 arzobispos, 46 obispos, 543 dignidades, 1.239 canónigos, 692 tacioneros, 172 racioneros médicos (éstos recogen ó reparten medicamentos), 20 veinteros (que cobrarán lo menos veinte veces más que veinte obreros), 16.931 curas párrocos, 23.693 beneficiados, 5.471 tenientes de cura, 10.876 sacristanes, 5.532 acólitos, 13.224 capellanes patrimoniales, 5.771 ordenados de menores, 37.363 frailes profesos, 2.220 novicios, 7.802 legos, 151 sacerdotes congregantes, 20.552 monjas, 1.005 novicias y 1.130 beatas.

Tal vez me haya dejado algunos siervos del Señor en el tintero, pero contentándonos con las partidas expuestas, me parece que son s. e. ú. p. 132.193 varones bien comidos y bebidos, los que todos los días piden á Dios en todos los tonos, latines y voces, piedad y misericordia para este desventurado país, sin que se atiendan sus ruegos.

Bueno; pues á esos 132.193 santos va-

rones, agreguémosles 22.637 monjas, novicias y beatas y veremos que mantenemos en la más santa holganza á 154.830 señores y señoras que, á juzgar por lo que se ve y por lo que no se ve, no tienen influencia alguna en el cielo.

Ahora bien, considerando piadosamente que cada individuo, el que más por el que menos, consume sin producir cosa alguna la cantidad de medio durete (y me quedo corto) diario, resulta que al país le cuesta el ejército sagrado la friolera de 154.830 medios duros todos los días que sale el sol, ó sean 77.440 duros, sacados de los bolsillos de los fieles con mil endiablados pretestos, excusas, peticiones, contribuciones, y socialías, sin que se vea ni toque el beneficio de tanto gasto.

Jehová dijo por boca de Isaias que no quería templos de piedra y barro hechos por manos de hombres, ni sacrificios inútiles, sino pureza de sentimientos.

Jesús enseñó á la Samaritana la manera de adorar á Dios sin templos: ni ceremonias, sino en espíritu y en verdad. Los apóstoles predicaban y al par trabajaban para mantener á sus familias. San Pablo dijo: «El que quiera comer que trabaje; yo no he sido gravoso á nadie; mis manos nos han sustentado á mí y á los míos».

Ahora se me ocurre preguntar: «Si Dios estará ofendido con los españoles por hacerle tanto templo de piedra y barro y sostener tanta gente sin trabajar?»

Figúrense ustedes que 77.440 duros diarios hacen al año (que no es bisiestro) la miseria de 28.265.000 duros, y que esa suma invertida en cosas útiles daría vida á la agricultura, á la industria y al comercio. Figúrense esos 132.193 fuertes varones armados de 132.193 magníficas herramientas de trabajo, y esas 22.637 angélicas mujeres armadas de otras tantas máquinas de coser, y creo que no vacilarán en creer como yo que desde luego resultaría un beneficio positivo la supresión del clero.

Ignacio Rodríguez Arriola
Roquetas (Almería).

UNA HISTORIA FUNEBRE

(CONTINUACION)

Desde luego formé propósito de entablar gestiones dirigidas á averiguar las causas que produjeron la muerte del infortunado jóven, suponiéndome que la familia del finado también lo haría como más principalmente interesada en el asunto, y diciendo y haciendo, fuime acompañado de mi hijo José, á casa del señor Juez de Instrucción de esta Capital con el mejor y mayor deseo de auxiliar á la Justicia en sus investigaciones, y prestar acaso un buen servicio humanitario á la sociedad.

Serian las 9 de la noche—próximamente—del mismo día 15, hora en que nos recibí en Audiencia el señor Juez, á cuya autoridad expliqué á grandes rasgos lo que yo sabía con relación al particular y los motivos que tenía para sospechar que algo extraordinario ó anormal hubiera podido influir en la defunción de José María Belda; y ya en aquel momento me autorizó el señor Juez para que de su órden hablase del asunto—aquella misma noche—á los Inspectores de policía don Vicente Pastor y don Valentín Calvo, y que les refiriese lo que acababa de decir, pues que debía practicar inmediatamente cierta diligencia y tomar alguna determinación.

Sali del domicilio del señor Juez, y cumpliendo su encargo me retiré con mi hijo á mi casa en la creencia de que la Autoridad tomaba en el asunto el interés que por su índole reclamaba.

Así transcurrió el día 16, y el 17, á eso de las doce y media de la tarde, leí en el número 4576 del diario local *El Adelanto* un suceso en el cual se daba una noticia, una... llamémosla *pitada tímida*, pero al fin y al cabo, revelaba también ciertas sospechas ó temores fundados en los rumores que circulaban acerca del fallecimiento de un jóven, de edad de unos 15 años.

Llegó el día 18 de Abril, tres días después del enterramiento del cadáver de José María, y como nada supiese yo, respecto á que se practicase diligencia alguna en averiguación de los hechos sospechosos para mí, y por mi denunciados, me fui á la Sala de Audiencia del Juzgado de Instrucción, más ática anunciar al señor Juez que en seguida se dignó oirme—por cuya deferencia le soy deudor de gratitud—y le manifesté mi firme propósito de continuar en mi tarea emprendida, en el momento de la entrevista que con dicho señor Jefe en su casa la noche del 15; pues si bien es cierto que yo no afirmo que José María fuese víctima de los vicios asquerosos y repugnantes de don Enrique Navarro ni que éste le ocasionase conscientemente la muerte; también lo es, que yo abrigo, abrigo y abrigo á siempre la sospecha de que todo ha podido ocurrir; pues si no he visto para poder afirmar una cosa, he visto y sé lo suficiente para tener motivo á sospechar que pudo suceder; por lo que el hombre tiene derecho á pensar, al pensamiento no se le puede fijar un límite, y el pensamiento y la razón, previo examen de antecedentes, hacen se forme juicio de las cosas y de los hechos; resultando que poca veces se equivocan, quien con seriedad y desinterés examina, piensa, razona y juzga.

El señor Juez con presencia de dos personas cuyos nombres omito por ahora, me contestó poco más ó menos lo siguiente: «hombre yo creo que el asunto no merece la pena, es decir la pena de tomar cierta clase de providencias, porque creo se trata de una de tantas mujeres que bien sean casuales, de forma ordinaria etc. etc. son producidas por enfermedades naturales, y de ningún modo en este caso puede creerse que haya sido por otro medio violento de cualquier índole, por que he llamado á los médicos que le han asistido y certificado de la defunción de ese muchacho, y preguntados, me han dicho que ha fallecido á consecuencia de una insolation. Además, la familia del muerto no pide ni demanda; parece que está conforme con estas manifestaciones, y por tanto creo que este asunto puede dar-se por terminado».

Alo cual hubé yo de replicar: «pues señor Juez, dispénsame que con el respeto debido, le diga á su señoría, que no me satisfacen en nada esas explicaciones; yo me he trazado la línea de conducta que he de seguir en este asunto, y lo cumpliré pese á quien pese y resulte lo que quiera».

Y en virtud de mi réplica, terminó el señor Juez diciendo: bueno, pues... ya veremos.

Con lo que pedí permiso para retirarme y concedido por la Autoridad judicial, lo verifiqué.

Llegué á mi casa y en el acto escribí mi primer comunicado en el mismo día 18, que supliqué al Director de *El Adelanto* lo publicase en las columnas de dicho periódico, y para ser más exacto, le dije al oír de los labios de dicho Director, la negativa rotunda á publicar un escrito del que él en manera alguna había de ser responsable; ¡Y yo que creía



que son verdad algunas tan encarecidas bellezas! Y para qué aquello del suceso en dicho periódico el día anterior, referente a rumores relacionados con la muerte de un joven de edad de unos 15 años?

Entonces, tuvo una prueba más de lo mucho que separa lo ficticio de lo cierto, lo supuesto, de la verdad: ¿cuanta farsa y que largo es el carnaval!

Entonces comprendí que iba a emprender una campaña llena de espinas y abrojos, de sinsabores y disgustos: una lucha, de la cual no sé como saldré pero no temo el resultado, si consigo lo que me propuse, en descargo de mi conciencia y en bien de la sociedad: así pues, adelante; *ahora empieza lo sabroso.*

Eulogio de la Boz.

(Continuará)

Leemos en «El Adelanto» de ayer: «Es probable que el profesor auxiliar de este Instituto, don Enrique Navarro, solicite licencia por un año, y haga una excursión a Méjico, como representante de una empresa que explota diversas aplicaciones del gas aerógeno.»

¿No sería fácil que fuese a otra parte, para cuyo viaje no necesita solicitar licencia?

SIGUE LA COMEDIA

Sagasta el colaborador de Silvela, ha hecho declaraciones, deseoso de calmar sin duda las impacencias que sienten los fusionistas por llegar al presupuesto.

Ningún interés tienen esas declaraciones, nada ha dicho Sagasta que la solución ha presentado a los problemas que están sobre el tapete, no ha señalado ni márgenes ni orientaciones, se ha limitado a enumerar los fracasos de Silvela, a profetizar otros nuevos y a decir que no ha llegado todavía la hora de que el partido liberal exponga su programa.

¿Su programa? ¿Qué necesidad de que se canse en exponerlo? Lo sabemos todos, se resume en dos palabras: servir a la monarquía, mantenerla a toda costa, repartir destinos entre amigos y continuar la comedia que se convirtió en tragedia hace dos años y terminará en catástrofe espantosa que borre a España del mapa, si España no prescinde de arques políticos y salta por encima de ciertos cámbulos para salvarse a sí misma.

¿Qué autoridad ni qué prestigio tiene Sagasta para hablar de los fracasos de Silvela? ¿Quién ha ayudado a éste a mantenerse en el poder, quién le ha prestado auxilio, quién le ha procurado los medios para esa gran farsa de la regeneración? ¿A quién se trata de engañar?

El fracaso de Silvela es grande, enorme, colosal; pero no le alcanza a él solo porque es el completo y definitivo fracaso de ese régimen podrido, que España tiene la vergüenza de soportar, es el fracaso de la monarquía que nos ha deshonrado, arruinado y envilecido, el de los hombres de la restauración sagun-

ta. ¿Es que el jefe de los liberales dinásticos se forjaba ilusiones respecto a los planes regeneradores de Silvela? No es difícil afirmarlo; Sagasta más que nadie sabía que las promesas de Silvela eran irreales, que fracasaría si intentaba cumplirlas; pero como buen camarada ayudó a subir para continuar engañando al país entre los dos.

Unas veces con su silencio, otras con su aprobación, otras escurriendo el bul-

lo, como vulgarmente se dice, Sagasta ha prestado a Silvela todo su apoyo.

Cuando los intereses del país reclamaban que el Parlamento se reuniera, Sagasta se opuso; cuando más justa y más necesaria era una oposición verdad a los proyectos financieros de Villaverde, Sagasta facilitaba indirectamente la gestión de éste; sintió «escrúpulos» de que la princesa de Asturias se casara con el hijo de Caserta, fué a Palacio, y al salir ordenó apagar los fuegos a los periódicos de su partido que combatían tal enlace.

¡Hablar Sagasta de los fracasos de Silvela! ¿Y el pudor? Si el pudor existiera en esos políticos, no podría continuar la triste comedia en la que tal papel hace el pueblo español, porque hace mucho tiempo que se habrían retirado avergonzados a sus hogares.

RÁPIDA PAGA, SUFRE Y CALLA

Pueblo español: he ahí tu deber: en esas tres palabras está compendiada tu obligación, que has de cumplir, impuesta por los que *cobran, gozan y hablan*, disponiendo de tu dinero, de tu trabajo, de tu sangre.

Tú, contribuyente, esquilado, saqueado, arruinado, agobiado por el peso de los impuestos, los tributos y las gravosas cargas de toda clase, ya sabes lo que tienes que hacer: *pagar*, como vienen haciéndolo: si no puedes por falta de medios, el fisco se encargará de despojarte de lo que sea más susceptible de redimir a dinero, por virtud del apremio cubrir formas legales: en este caso, *sufre*: que por no poder pagar sufres las consiguientes vejaciones con aumento de costas que produce el diligenciamiento del apremio... pues... *calla*.

Tú, obrero de cualquiera clase que seas, que no pagas contribución alguna porque careces de bienes, *fustidial*; hubieras nacido *rico*, y si además eras cacique del asa de la olla, tendrías derecho a comer sin trabajar: más, no tienes trabajo en que emplearte para ganar *algunos centimos* que un burgués o patrono te diera a costa de muchas horas de ocupación, y por no trabajar no comes, y por no comer tienes que sufrir tú y tu familia... pues *sufre*: y si de tanto sufrir y no comer te mueres de hambre, entonces... ya no hay por qué decir que *callaras*; y *gracias* que te Reven a servir al Rey algún hijo; si lo tienes, para que no se muera de hambre también.

Peró no importa que aunque la mayoría se constituya de *aquellos* contribuyentes y de los obreros que pagan, *sufren y callan*, las cosas seguirán como están, o se pondrán peor; porque los menos, *unos pocos*, que *cobran gozan y hablan*, y disponen del dinero, de los bienes y de la sangre de los demás, van agusto en el machito; y aunque parezca mentira, *esos pocos*, que manejan el *calendario*, tienen la culpa... Pero qué digo?... la culpa la tienes tú, pueblo estúpido... ¿Quieres continuar así? ¿estás conforme con el *quinqui*?... Pues... *paga, sufre y calla*.

COLABORACIÓN OBRERA

Ya está terminada la huelga de curtidores y al decir de los periódicos locales, ésta se ha terminado gracias a las acertadas disposiciones del señor Gobernador. ¡Acertadas! Si; en defensa del estúpido burgués, que escuchado en el

inmenso capital de que dispone, cierra sus oídos a las voces de la razón, y sitta por hambre al infeliz obrero que tiene el atrevimiento de pedirle aumento su escasísimo jornal unos miserables centimos con que poder hacer un poco más larga su agonía, su calvario, sobre esta miserable tierra en que poco a poco va dejando las escasas energías que aun conservaba.

Escasos de alimentos, anémicos, por no poder atender con su reducido jornal a cubrir las primeras atenciones, trabajando en malísimas condiciones, el gremio de curtidor se acordó pedir un real de aumento, decretando la huelga ante la brutal negativa de aquellos que se han enriquecido a su costa; de aquellos que mientras los infelices obreros pasan las horas metidos en agua ó mondándose su piel en los pelambres de la fábrica, con calma estoica, con sonrisa sarcástica y arrojando bocanadas de humo del aromático habano, gozan en los sufrimientos que producen en sus semejantes los acrecentamientos de su ya gran capital.

Podéis gozar en vuestra obra hombres sin conciencia, para quien no existe más Dios ni más ley ni más amor a prójimo, que el amor al dinero. ¿Qué os importa a vosotros que vuestros obreros no ganen lo suficiente para atender a cubrir las más perentorias necesidades de la vida? ¿Qué os importa tampoco que no pudiendo cubrir sus carnes más que con miserable tela de algodón, faltos de todo abrigo al salir de la fábrica, donde ha estado todo el día metido en el agua, sea pasto de terrible enfermedad sin que pueda ser atendido en ella? ¿Qué os importa tampoco que a sus hijos y a ellos mismos les falte el alimento tanto del cuerpo como del espíritu? No; no os importa; vuestro corazón mezquino y egoísta, está satisfecho; así, siempre tendreis ancho campo donde enseñar vuestras bastardas pasiones, siempre tendreis al infeliz obrero uncido al carro de vuestra sordida avaricia sin que tenga otra libertad, sin que pueda mover hacia otro lado la cabeza de donde está sujeto, más que para lamer la mano que blande el terrible látigo que desgarras sus magulladas carnes.

¡Goza, miserable burgués! has vencido en esta batalla contra el obrero, por tus grandes medios de defensa, has vencido por la precipitación del obrero y el apoyo que te prestan las autoridades; y dicho sea de paso sin que sirva de censura y si solo como enseñanza para el mañana, hay que dominar un poco nuestra impaciencia queridos compañeros, hay que tener cachaza y mala intención, hay que dar el golpe sobre seguro.

Vosotros creíais que siendo vuestra causa tan justa, pidiendo un miserable real de aumento en vuestro jornal a aquellos que tanto los habeis dado a ganar, a quienes habeis hecho ricos, tendrían conciencia y seriais atendidos inmediatamente en vuestra justa reclamación, pues demasiado saben ellos que os están esquilmando que se están quedando con el poco caor que ya tienen vuestros entumecidos cuerpos.

Error grandísimo: el vampiro no vive más que de chupar la sangre ajena; no puedo tener buenas entrañas, ni condolerse de los sufrimientos de los demás, pero no se emborrazcan con su triunfo; por esta vez son dueños del campo; aun faltan muchas batallas que librar, y no siempre hemos de tener los obreros el santo vuelto de espaldas, no siempre las autoridades han de estar tan decididamente a su lado protegiendo con la fuerza moral y material a los poderosos; alguna vez se han de colocar al lado de la razón y del derecho.

Paciencia y esperar mejor ocasión. JUAN NOREÑA

Cero... y van dos veces... ocho días sobre la mesa.

Nos referimos al asunto que parece trae ahora a nuestros conejales tristes y cabizbajos.

Prometieron economías y a las primeras de cambio, intentan crear una plaza de Inspector de jardines, paseos y arbolados.

Inspector «según se dice» ya lo tienen nombrado, entre los de la «casa».

Ahora lo que anda buscando el Municipio son árboles, paseos y jardines que sean objeto de la inspección del «peritísimo» agraciado con la prebenda.

¡Pero qué dadivosos y sentimentales son nuestros ediles...! con bolsa ajena!

Señor Alcalde, puesto que lo de la dimisión de V. S. fué como digimos en ocasión propicia «pamplina para canarios, no le parece que ya es hora de ejecutar varios acuerdos del Ayuntamiento, que están «durmies»?

Memoria señor Cuesta y fuera pereza.

Y si quiere le recordaremos algunos en los números sucesivos.

Ya está la Unión Nacional otra vez de «tanda».

Y como la otra vez presentimos el «marronazo al descubierto».

Y se quedarán sin tomar la «alternativa» don Basilio y el señor Costa.

Y si nó al tiempo.

No olviden nuestros lectores que el asunto de la boda de la princesa está concertada tal y como se pensó y que la única dificultad que existe es la de la dote.

Se pidieron en principio y con modestia, veinticinco millones de pesetas, que después de todo no fué ninguna gran cosa para lo que puede dar este país, pero se le ocurrió a Gamazo y Maura el, que en vez de los veinticinco deben ser cincuenta, ó al menos, si ellos fueran poder, Dios nos libre, eso es lo que darian y aquí da principio el conflicto.

¿Hay quien de más caballeros?

Se admiten proposiciones antes de darle a Silvela con la punta de la bota en un sitio que sabemos.

DE ADMINISTRACIÓN

Contra nuestra voluntad, pues no nos gusta ser molestos tenemos que suplicar nuevamente a los suscriptores forasteros que se hallan en descubierto, procuren ponerse al corriente con esta administración, hasta fin del actual trimestre.

Igual súplica hacemos a los suscriptores de la Capital, que no han recibido el recibo del trimestre pasado.

Imp. de EL COMBATE